

Cuentos infantiles



WWW.MEVOYADORMIR.COM

Índice de cuentos

El soldadito de plomo

El árbol que no sabía quién era

El león enfermo y los zorros

El agujero en la manga

El ratón de campo y el ratón de ciudad

El hombre que quería ver el mar

El soldadito de plomo

De Hans Christian Andersen

Hace mucho, mucho tiempo, cuando nuestros abuelos eran niños, había una juguetería llena de muñecas de cartón y de porcelana, coches de hojalata y de otros juguetes de la época. Entre ellos se encontraban un ejército de soldaditos de plomo. Todos, perfectamente alineados, eran exactamente iguales, excepto uno al que le faltaba una pierna.

Un día entró un señor a la tienda buscando un regalo para su hijo que, al día siguiente, cumplía 9 años.

- Me llevo los soldaditos de plomo.

El dependiente guardó las figuritas en una caja. Los soldaditos se quedaron en la oscuridad sin ver ni oír nada.

Al poco tiempo, una luz les deslumbró al tiempo que escuchaban una voz infantil gritar:

- ¡Soldaditos! ¡Son soldaditos de plomo!

El niño los fue colocando en el suelo, cerca de una mesa llena de juguetes.

- ¡Anda, si hay uno cojo!

Pero vio que se sostenía igual que los demás y lo dejó junto a los otros.

Desde su nuevo puesto, el soldadito echó una mirada a la habitación, poniendo especial





interés en los juguetes que poblaban la mesa. Había un gran castillo de cartón y al lado...

¡Oh!, ¿Quién sería aquella deliciosa joven? El soldadito quedó impresionado, pero como no tenía corazón, su cuerpo metálico no se alteró.

La bella joven que había impresionado al soldadito era una bailarina de ballet que ejecutaba un paso de danza saltando sobre un único pie.

El soldadito no sabía nada de mujeres, pues estaba recién salido de la fábrica y sólo había visto a las muñecas de la juguetería. Por eso, no sabía qué hacer para comunicarse con la joven. Solo la miraba y pensaba: "¡Qué guapa y qué elegante!"

La bailarina, que era de cartón, vestía un traje de muselina rosa y llevaba en la cabeza una gran flor blanca,

A media noche sonó un organillo y todos los juguetes se pusieron en movimiento. La bailarina empezó a danzar encantando aún más al soldadito.

Pero de repente de la caja salió un muñeco feo y peludo hecho para asustar.

El muñeco de resorte también estaba enamorado de la bailarina y consideró al soldado cojo como un peligroso rival.

- Eh, tú ¿a quién miras tan atentamente?

El soldadito le miró con desdén.

- ¿Así que no quieres hablar? ¡Pues pagarás caro tu orgullo!

El muñeco peludo esperó la ocasión para vengarse.

Al día siguiente, el niño jugó con los soldaditos:

- Tú vigilarás desde la ventana si viene el enemigo -dijo al soldado cojo.

Pero al caer la noche, el niño se olvidó de guardar a nuestro soldadito, y allí se quedó mirando la luna llena por la ventana. Dejó ir su imaginación y soñaba con el día que su amor por la bailarina fuera correspondido.

Tan ensimismado estaba que ni siquiera se paró a pensar en las amenazas del malévolo muñeco peludo.

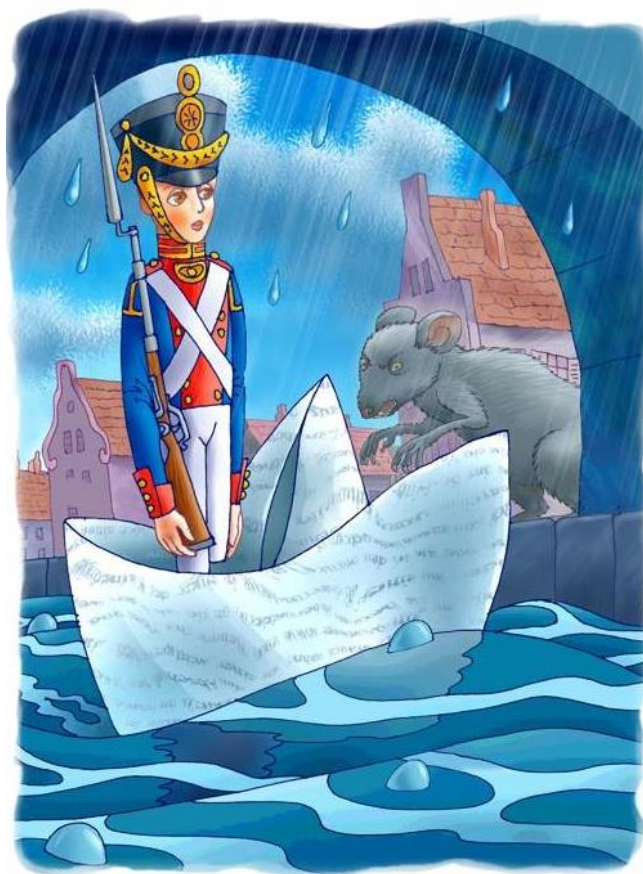
Desgraciadamente, el muñeco no se había olvidado de él. Nadie le había desafiado nunca. Por fin le había llegado el momento de su venganza. Su rival estaba tan distraído y tan al borde de la ventana que...

Al llegar la medianoche, el muñeco saltó de su caja y arrojó al soldadito a la calle.

Nada más levantarse, el niño se acordó del soldadito abandonado y corrió a buscarlo. Miró en todos sitios, incluso en la calle pero, aunque pasó muy cerca de él, no lo encontró, pues el soldadito estaba medio enterrado por el barro.

Al poco rato lo encontraron dos niños que decidieron meter al soldadito en un barco de papel.

Para mayor diversión, lo metieron en un arroyo que se había formado con las recientes lluvias. El soldadito de infantería se vio convertido de repente en infante de marina sin ningún deseo por su parte.



Además, el barquito de papel empezó a bambolearse de un lado a otro a causa de un fuerte oleaje.

Aquello tenía mal aspecto. El barco y el soldado cojo se precipitaron por una boca negra y maloliente: una alcantarilla.

El olor era insoportable y el paisaje era desolador: desperdicios de comida, ropa y zapatos raídos y otros muchos escombros. Desde aquel lugar tan inmundo, nuestro soldadito pensó que jamás volvería a ver a su amada bailarina.

De pronto, apareció una enorme y fea rata, con mirada aterradora, delante del barquito.

- ¿Tú quién eres y qué haces aquí? Este es mi reino y tienes que pagarme para circular por la alcantarilla -dijo la rata con voz chillona.

Atemorizado, el soldadito no podía ni hablar. ¿Con qué iba a pagar él, si nada tenía?

La perversa rata se lanzó a morder al soldadito. El valiente guerrero tuvo buenos reflejos y la esquivó en el último momento, con tan buena suerte que la rata se resbaló y se cayó a las putrefactas aguas. Pero la situación de nuestro amigo era insostenible: el barco hacía aguas por todos lados.

Para mayor desgracia, cerca se oía un ruido estruendoso. Algún otro peligro acechaba al valiente soldadito de plomo. El final de la alcantarilla era una cascada que iba a dar al río. Dadas las pequeñas dimensiones de nuestro amigo, aquello era una catarata.

Todo ocurrió muy deprisa. El soldadito cayó al río. Mientras se hundía pensó que iba a morir y se



acordó por última vez de su amada bailarina.

Cuando ya iba a llegar al fondo, un gran pez se lo tragó de un bocado pensando que era un gusano. La oscuridad lo envolvió todo.

Al poco tiempo volvió a ver la luz.

- ¡Pero si es el soldadito de plomo desaparecido! – gritó alguien.

Por casualidades de la vida el soldadito había vuelto a la casa de la que había caído de la ventana.

¿Cómo pudo volver allí? Muy fácil. El pez mordió el anzuelo del pescador. Éste llevó el pescado al mercado y allí lo compró la criada de la familia que conocemos. La alegría del niño fue enorme cuando encontró en casa al soldadito cojo. Incluso el muñeco peludo se arrepintió de su acción y pidió perdón.

Cuando llegó la noche, los muñecos organizaron una gran fiesta de bienvenida. La bailarina danzó y danzó en honor al soldadito.

Un buen día, cuando todo parecía haber vuelto a la tranquilidad, la criada encendió la estufa para caldear la casa, pues recibían la visita de unos amigos que tenían un hijo de corta edad. Cuando el bebé vio los juguetes ocurrió algo imprevisible.

El travieso pequeñín cogió al soldado y lo tiró al fuego. Él solo jugaba.

¡Qué desgracia! Nuestro amigo se fundía rápidamente. Sus ojos solo miraban a su amada. Y en ese momento, el muñeco de resorte saltó de su caja y, sin querer, empujó a la bailarina que fue a caer también en las llamas.

Un corazón de plomo y una rosa blanca fueron hallados entre las cenizas de la chimenea al día siguiente.





WWW.MEVOYADORMIR.COM

©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS